

**Juan Martín.**—Que para distraerte estabas degollando prisioneros franceses.

**Nazario** (*torvo*).—Juan Martín, yo estaba cobrándome una deuda.

**Juan Martín.**—¿Qué deuda?

**Nazario.**—¿Tú me lo preguntas? Hace dos años, estos hijos de mala madre deshonraron a mi hermana y fusilaron a mi padre. Me alisté en tu partida jurando que me la habían de pagar con sangre.

**Juan Martín** (*con gravedad*).—Comprendo tus razones, Nazario. También a mí se me sube la sangre a la cabeza cuando oigo cosas así. (*Con energía creciente.*) Pero, óyelo bien, Nazario: tú no te alistaste en mi partida para asesinar franceses a mansalva; tú te alistaste en mi partida para matar franceses cara a cara y en campo abierto; y para que vuelva a España el rey Fernando; y para que después de esta guerra sea España lo que tiene que ser. ¿O es que piensas que con tu navaja vas a devolver la vida a tu padre y la honra a tu hermana? (*Breve pausa.*) Esta es la ley de mi partida. El que no la quiera, ya sabe dónde está el camino.

**Nazario.**—Yo mataré franceses donde me los encuentre, en el campo o en el hato.

**Juan Martín** (*dando un puñetazo en la mesa*).—Tú harás lo que yo mande.

**Nazario.**—¿Es que el Empecinado, desde que es general, se nos ha puesto melindroso?

**Juan Martín** (*irguiéndose colérico*).—¡Cuerpo de Cristo! ¿Melindroso yo? (*Señalando su uniforme.*) Dentro de este uniforme está el hombre que araba en Castrillo. Soy pueblo. ¿Lo oyes, Nazario? ¡Pueblo! ¿Melindroso yo? Si me dejase llevar de este pronto, ahora mismo te echaba de aquí a puntapiés.

**Nazario** (*llevando su mano al sable*).—Eso, Juan Martín, no te lo consentiría el hijo de mi madre.

**Juan Martín** (*conteniéndose*).—Tienes razón, tú eres un valiente. (*Con energía.*) Pero oye bien lo que voy a decirte: desde hoy, se acabaron las ejecuciones por tu cuenta. En mi partida mando yo, y se hace la guerra a mi modo. Si te conviene, te quedas; si no te conviene, te largas. Pero si te quedas conmigo y vuelves a las andadas, te haré fusilar sin contemplaciones delante de la tropa. ¿Entendido?

**Nazario** (*bajando la cabeza ante la mirada de Juan Martín*).—Entendido.

**Juan Martín** (*dando a Nazario una palmada en la espalda*).—Y ahora, Nazario, vete a beber un jarro con tu gente.

(*Sale Nazario.*)

## Escena VI

### Juan Martín, Olalla y Sardina

(*Olalla y Sardina han seguido en silencio toda la escena anterior. Cuando ha salido Nazario, Juan Martín se dirige hacia ellos.*)

**Juan Martín.**—No es cosa fácil contener el salto de la sangre cuando a uno le han hecho lo que le han hecho al Nazario. Pero eso de matar a sangre fría y a mansalva, nunca. (*Mirando hacia la puerta.*) De esta fiera, todavía podremos hacer un hombre. De otros, no sé. Sardina, sal a la plaza y tráeme al Tuerto.

(*Sale Sardina en silencio.*)

## Escena VII

Juan Martín y Olalla

**Juan Martín** (*sentándose con pesadumbre*).—¡Si todo fuera hacer la guerra! ¡Si estos hombres no tuvieran que volver a sus casas!

**Olalla**.—Tu pueblo no te merece, Juan Martín.

**Juan Martín**.—¿Mi pueblo? Y yo, ¿qué soy? ¿No has oído antes que soy pueblo? Y tú, que también eres pueblo, ¿no me mereces? Todos somos pueblo, Olalla, desde los que parlan en las Cortes de Cádiz hasta los que nos matamos con los franceses por estos riscos, y con esta masa de fieras y discurseadores hay que contar para que España sea lo que tiene que ser.

**Olalla** (*terca*).—Tu pueblo no te merece, Juan Martín.

**Juan Martín**.—¡Y dale! Me vas a hacer creer que estoy hecho de oro del Perú. (*Riendo.*) Pero de lo que yo estoy hecho, como nos decía el cura de Castrillo, es de carne pecadora... De carne que te quiere. (*Advirtiendo que se abre la puerta.*) Aquí está Sardina con el Tuerto.

(*Entran Sardina y el Tuerto.*)

## Escena VIII

Juan Martín, Olalla, Sardina y El Tuerto. Luego, Tres Guerrilleros

**Juan Martín**.—La segunda alhaja. (*Breve pausa.*) Me han dicho, Tuerto, que te has puesto a recaudar contribuciones por tu cuenta.

**Tuerto**.—¿Yo? Lo que yo he hecho con mi gente ha sido cobrar a los vecinos el impuesto de la Junta Central. En el Ayuntamiento está.

**Juan Martín**.—Tras de ladrón, embustero. En el Ayuntamiento sólo hay una parte de lo que atrapaste. ¿Dónde está el resto?

**Tuerto**.—No hay resto.

**Juan Martín**.—Vamos, Tuerto, vamos, que ya hace mucho tiempo que me destetaron. ¿Qué tienes en esos bolsillos? (*Gesto de vacilación el Tuerto.*) Saca lo que tengas, o haré que te registren.

**Tuerto** (*sacando de su bolsillo unas monedas*).—Aquí está lo que tengo: cincuenta y tres pesos. ¿Es que no tengo derecho a cobrarme mis pagas? Hace seis meses que no veo un ochavo.

**Juan Martín**.—No, no tienes derecho a cobrarte tus pagas. Ni tú, ni nadie. Cuando hay que pasar hambre, se pasa; ésta es la ley de la partida, desde el general hasta el último hombre. (*Con áspera energía, mirando las monedas.*) Pero aquí sólo veo plata y cobre, y yo sé muy bien que tú te has quedado con oro. ¿Dónde está? (*Silencio en el Tuerto. Con creciente violencia.*) ¿Dónde está? ¡Si no hablas haré que te apaleen! (*Involuntariamente, el Tuerto se lleva las manos a su cinturón.*) ¡No hables, que ya lo sé! ¡Está debajo de tu cinturón! ¡Saca lo que lleves! (*Silencio en el Tuerto.*) ¡Saca lo que lleves, he dicho!

**Tuerto.**—¿Y si no me diera la gana?

**Juan Martín.**—Entonces, te lo quitaría yo con mis manos.

**Tuerto.**—En mi cuerpo no hay hombre que ponga la mano.

**Juan Martín** (*adelantándose con aire amenazador*).—En tu cuerpo voy a poner la mano yo, porque tú eres ladrón y porque yo soy más hombre que tú. Vas a verlo.

**Tuerto** (*va a echar la mano a su sable y advierte que no lo lleva*).—Así es como podrás.

**Juan Martín** (*deteniéndose cuando va a acometerle*).—¿Qué necesitas un sable? ¡Ahí va el mío, Tuerto! ¡Con hombres como tú, a mí no me hace falta! (*Desenvaina su sable y lo arroja a los pies del Tuerto. Este lo coge y se pone en guardia. Sardina y Olalla se disponen a ayudar a Juan Martín.*) ¡Quietos! ¡Quietos! ¡Esto es cosa mía! (*Al Tuerto.*) ¡Vamos, Tuerto, suelta ese oro, o te despedazo!

**Tuerto.**—¿Vas a ser tú sólo el que lo goces, Juan Martín? ¿Cuántas onzas llevas mandadas a Castrillo desde que se formó la partida?

**Juan Martín.**—¿Esto, encima? ¿Llamarme a mí ladrón? ¿Llamar ladrón al Empecinado? ¡Te mato, Tuerto! ¡Te mato! (*Esquivando el sablazo del Tuerto, se lanza sobre éste como una tromba, le apresa la muñeca derecha y se la tuerce con violencia. El Tuerto cae de rodillas y suelta el sable.*) ¡Así, de rodillas ante tu jefe! ¡De rodillas ante el Empecinado! ¡Y ahora, venga lo que robaste! (*Sin soltar la muñeca del Tuerto, Juan Martín, con su mano izquierda, saca de debajo del cinturón de aquél un saquito lleno de monedas y las arroja al suelo.*) ¡Aquí está el botín! (*Suelta al Tuerto.*) Ladrón, embustero, calumniador y rebelde contra tu jefe. Vas a tener tu merecido.

(*Ante el gesto amenazador de Juan Martín, el Tuerto retrocede y de espaldas va acercándose a la venta. Al llegar a ésta, grita.*)

**Tuerto.**—¡A mí los míos! ¡Los del Tuerto! ¡Juan Martín quiere matarme! ¡A mí los míos!

(*Voces al otro lado de la reja. Abrese violentamente la puerta, y al otro lado de ella aparecen tres guerrilleros con trabucos y sables. Rápidamente, el Tuerto se une a ellos. Todos quedan en silencio durante unos segundos. Rómpelo Juan Martín.*)

**Juan Martín.**—De modo que el señor estratega tenía bien cubierta su retaguardia. ¡Vaya, vaya, con el señor Antonio el Tuerto! (*Coge el sable del suelo.*)

**Sardina** (*adelantándose mientras desenvaina su sable*).—¡Cuidado, Juan Martín!

(*Sardina y Olalla tratan de cubrir a Juan Martín. Este los aparta con firmeza y se encara con el Tuerto y los suyos, que siguen en la puerta.*)

**Juan Martín** (*con el sable en la mano, va acercándose lenta y majestuosamente hacia el grupo de la puerta*).—¿Dispararéis contra vuestro general? ¿Mataréis al Empecinado? Lo que no han hecho las balas francesas, ¿lo van a hacer las vuestras? ¿Qué sois vosotros, españoles o gabachos?

(*Sobrecogidos por el gesto y las palabras de Juan Martín, los hombres del Tuerto quedan atónitos y van deponiendo las armas. Al otro lado de la reja suena la voz del Crudo.*)

## Escena IX

Juan Martín, Olalla, Sardina, El Tuerto, los Tres Guerrilleros y El Crudo

**Crudo** (*gritando*).—¡Juan Martín, aquí estamos! ¡Soy el Crudo! ¡Veinte hombres seguros vienen conmigo!

(*Los guerrilleros del Tuerto deponen las armas. Abriéndose paso entre ellos, entra el Crudo, con un pistolón en la mano.*)

**Juan Martín**.—Ea, esto se acabó. (*A Sardina.*) Tú, Sardina, te harás cargo de estos tres pimpollos (*señalando a los guerrilleros*), los encerrarás en la cárcel del pueblo y ordenarás que les den veinte vergajazos a cada uno. Después de todo, no han querido más que matarme.

**Sardina** (*aproximándose a los tres guerrilleros del Tuerto*).—Tú mandas.

**Juan Martín**.—El Tuerto... El Tuerto es otra cosa. Es un ladrón del dinero de la Junta y del dinero de la partida. Y encima de eso, ha querido manchar mi honra diciendo que también yo lo soy. Y por si fuera poco, ha tratado de volver sus armas contra su jefe. Sí, el Tuerto es otra cosa. (*Un breve silencio.*) El corazón se me parte, porque és es el primer trabuco de la partida, pero la ley es la ley. Crudo, sácale a la plaza y que ahí mismo, para lección de todos, le fusilen tus hombres.

**Tuerto** (*intentando evadirse*).—¡No...! ¡Déjame seguir matando franceses! ¡Déjame vivir!

(*El Crudo y Sardina le detienen.*)

**Juan Martín**.—Ya es tarde. (*Al Crudo y a Sardina.*) Andando.

(*Salen Sardina, el Crudo, el Tuerto y los tres Guerrilleros.*)

## Escena X

Juan Martín, Olalla y El Abanto

(*Quedan solos Juan Martín y Olalla. Gran silencio, que interrumpe Juan Martín.*)

**Juan Martín** (*sentándose con pesadumbre*).—También esto es la guerra.

**Olalla** (*con el mismo tono de antes*).—Juan Martín, vales más que tu pueblo.

**Juan Martín** (*con violencia*).—¡Calla!

(*Nuevo silencio. Entra el Abanto, con tres jarros de vino.*)

**Abanto**.—Lo he visto todo, Juan Martín. Seguramente viene a deshora este vino.

**Juan Martín**.—No, Abanto, no. Trae esos jarros. (*Toma dos y da uno a Olalla.*) Tómalo, Olalla. Vamos a beber un trago. (*Quedan uno frente a otro, erguidos y graves. El Abanto mira con pasmo respetuoso a Juan Martín.*) Por la victoria. Por la España de la victoria. (*Beben.*)

(*Al cabo de unos segundos de silencio, suena una descarga. Una voz enérgica grita en la plaza «¡Viva el Empecinado!», y un inmenso clamor responde «¡Viva!» Mientras Juan Martín, Olalla y el Abanto siguen inmóviles, va oscureciéndose la escena. Cuando la oscuridad es total, una voz viril y grave dice los versos que siguen.*)